

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 13 de Julio de 1899

Núm. 451



Alegría loca.



Cháchara

Eramos pocos y... lo demás que reza el adagio, ó el dicho.

Por ahí se están dando á luz una porción de Villaverdes de menor cuantía, que tienen toda la gracia de este mundo y sus arrabales.

Es más: mejoran al ministro, porque éste obraba sobre el pueblo por la vía legislativa, y sus imitadores obran por la ejecutiva, y aun sin andarse con apremios.

¿De quién hablo? Toma, de los tenderos de ultramarinos, que no sé por qué siguen llamándose así, ahora que nos hemos quedado sin *ultramares*.

Ignoro si he de referirme á todos, ó á algunos, pues no me he metido en averiguaciones; pero si me consta, desgraciadamente, que han hecho un pan como unas tortas, sin encomendarse á Dios ni al diablo.

Han recargado una porción de géneros como la sal, el azúcar y el jabón, *sólo* (si es verdad lo que se murmura) porque el ministro de Hacienda trataba de exigirles que, proporcionalmente, contribuyeran á sostener y á salvar el crédito del país.

Lo bueno del caso es que, según la Gaceta, que no me dejará mentir, continúan rigiendo los presupuestos anteriores, y aun con la ventaja de que el *anacrónico* impuesto de guerra ha pasado á la historia.

De modo que esos apreciables señores se curan en salud y pegan, antes de que les caiga encima el chaparrón.

Tales son las consecuencias de que el señor Villaverde, metiéndose en camisa de once varas, ó en las que tenga su camisa, que no sé cuantas mide, haya querido reformar la partida doble. ¡Cuando digo yo que hasta el más humilde tendero le da cruz y raya en asuntos de contabilidad!

Porque vamos á ver, ¿en qué se fundan los del gremio para imponer una contribución que al diablo se le ocurre inventarla más productiva?

Pues en nada, si no es en esto: en que el que parte y reparte y no se queda la mayor parte, tonto es de capirote.

¡Y cómo que lo es! Mientras no protesten los bolsillos, cada cual haga su agosto. ¡Sús, valientes, que nunca han sido como ahora las Batuecas merienda de negros!

También tengo entendido que las tahonas están elaborando una tarifa económica. El pan subirá de golpe diez céntimos.

No me parece mucho. ¡Un diez por cincuenta, sistema nuevo de contar, que imponen las circunstancias! Modestos son; yo habria abierto más la mano ¡hasta el cincuenta por cincuenta! Y aun amasaria salvado y no harina, porque la harina para lo que sirve es para buñuelos.

Bien hinchados de aire.

¿Que los pobres no podrían tragar el pan así?

No, lo que no podrían es comprarlo. Pero á lo que estamos, tuerta. El que no tenga para comer pan que se coma los codos.



A orillas del lago.

Así como así, no faltan gentes en esta venturosa España que han demostrado si se puede ó no se puede puede vivir sin comer.

Por ejemplo; los maestros de la escuela de un pueblecito de no sé qué provincia, hacen el número mil y pico del martirilogio.

Son dos: marido y mujer, pareja prolífica, porque cuentan con siete vástagos.

Ellos y la prole se han convertido en una familia prehistórica, paradisiaca. ¡Cómo que están quince meses sin cobrar un céntimo del municipio, y alimentándose de hierbas y de frutas!

¡Quince meses! ¿Pero hay estómagos que resistan tal ayuno? ¡Quince meses! ¡Y lo que te rondaré morena!

Porque los maestros de Ero (creo que es Ero de no sé qué la población), según reza un periódico no han cobrado todavía. Han tenido que cerrar la escuela, por haber perdido la fuerza moral sobre los educandos y sobre sus padres.

¡Valiente cuidado les dará á ellos haber perdido tal fuerza, no conservando las demás fuerzas, más sólidas, sobre sí mismos! Lo que yo extraño es que los del pueblo les dejasen ejercer de seres primitivos, permitiéndoles merodear por los campos, y que no les saltara un guardia rural, y les hiciera entender, zampándoles en la cárcel, que no se puede espigar impunemente en el campo ajeno, campo que tiempo adelante, si Villaverde no se malogra, no será ni siquiera propio.

Los maestros de que trato han emprendido una peregrinación por la provincia, á pie y pidiendo limosna, para plantarse ante el gobernador decididos á que les vea escualidos, descalzos, rotos.

Pero ya sé lo que les tiene que decir la primera autoridad:

—¡Ay, hijos míos, si supieran ustedes que dentro de poco todos los españoles seremos maestros de escuela!

Si no por las luces, por las figuras.

Creo firmemente, hablando en serio, que mientras se repitan estos espectáculos, y otros tan tristes como éstos, es inútil que se piense en reconstruir la patria.

Hace años que sirve en España la figura del maestro para inspirar agudezas torpes, y

en lugar de realzarla, haciéndola respetable, todos á una, desde los ministros de Fomento hasta los alcaldes de monterilla, en el teatro, en los periódicos, en la sátira vulgar del palique efímero, se han complacido en revestirla de caracteres grotescos, ridículos. Recuerdo que tiempo atrás se prendió á uno de esos mártires, porque imploraba caridad ostentando un cartelillo en que decía ingenuamente su profesión y sus tristezas.



Sueño fingido.

Nó, no os burléis del humilde institutor y enseñad á las tiernas criaturas á que le respeten como á un magistrado.

Y vosotros, hombres públicos, sabed que mientras se le deje abandonado á las iras del hambre y á las burlas de los necios no tendréis progreso, ni libertades públicas en qué fundamentar el derecho á constituir una nación grande, próspera, temida.

Las vergüenzas nacionales se expían mientras no se redimen.

CLAK



Posicion difícil.

The Standard.



Un mal paso.

Los españoles de antes

(Bromas de la historia.)

«¿Sois vosotros más nobles que los italianos? ¿Más fuertes que los alemanes? ¿Más desconocidos que los indios? ¿Más coléricos que los franceses? ¿Más ricos que los sicilianos? Italia, domadora del mundo, consiente gobernadores españoles en sus provincias. Los alemanes, con aquella gentileza de cuerpos y ánimo despreciador de la muerte, no bastaron que no atravesasen el Albis las vencedoras insignias de España. Inmensos, y no domados mares servían de

muro á los del nuevo Mundo; pero no bastaba para los corazones españoles un mundo, y conquistaron otro nuevo. La belicosa Francia sintió en lo más precioso los truenos de las lombardas de España, y cansada de ver presos sus reyes, y ser vencida, buscó en la paz seguridad. Los fértiles collados de Sicilia sirven á la abundancia de España. ¿Solos vosotros os queréis oponer?»

CÁRDENAS (MORISCO).

Eso que se le ocurrió decir al bueno de Cárdenas tiene más de uno y más de dos bemoles: no lo pongo yo en duda, porque en aquellos tiempos de moros y cristianos éramos (según lo atestiguan doctos y perínclitos varones) nación temida y respetada, casi, casi terror de las gentes. Ahora hemos pasado á ser nación temible, si es verdad lo que aseguran de nosotros los extranjeros, aunque son por permisión divina, más las malas lenguas que las buenas; de ahí á convertirnos en cabeza de turco no hay más que un paso, y no extrañaré que se logre la profecía, porque está visto que en manos de regeneradores todo sale al revés de como lo amasan. Un mundo nuevo dice Cárdenas que conquistaron los corazones españoles, y á poco va el nuevo y nos conquista á nosotros, que de puro viejos somos caducos pues así como en otros pueblos la juventud se renueva constantemente, en este en que nos ha tocado vivir no parece sino que llevamos á cuestras más años que Matusalém. Yo, resignado, juro: que si la conquista ha de intentarse, me conformo: con tal de que sea conquista de corazones y la lleven á término feliz las más guapas doncellas del nuevo ó del viejo continente. En lo que sí manifestaré mi valor y mi desesperada defensa será en no rendirme como no venga sobre mí toda una compañía. Es lo menos que ha menester un mozo de mis prendas para que se le concedan todos los honores de la guerra al entregarse:

«Estando ya sin virtud el valor, sin fuerzas, sin vigor, sin brio, y á punto de expirar, dícese que acudieron allá todas las naciones, instándole hiciese testamento en su favor, y les dejase sus bienes.

—No tengo otros que á mí mismo,—les respondió.—Lo que yo os podré dejar, será este mi las-

timoso cadáver, este esqueleto de lo que fui. Id llegando; que yo os lo iré repartiendo.

Fueron los primeros los italianos, porque llegaron antes; y pidieron la testa.

—Yo os la mando, dijo.—Seréis gente de gobierno: mandaréis el mundo á entrambas manos. Inquietos los franceses, fuéronse entremetien-

do: y deseosos de tener mano en todo, pidieron los brazos.

—Temo,—dijo,—que si os los doy, habéis de inquietar á todo el mundo. Seréis activos, gente de brazo. No pararéis un punto. Malos sois para vecinos.

Pero los genoveses de paso les quitaron las uñas, no dejándoles, ni con qué asir, ni con qué detener las cosas. Pero á los españoles han dado tan valientes pellizcos con su plata, que no hiciera más una bruja, chupándoles la sangre cuando más dormidos.

—Item deajo el rostro á los ingleses. Seréis lindos, unos ángeles. Mas temo que, como las hermosas, habéis de ser fáciles en hacer cara á un Calvino, á un Lutero, y al mismo Diablo. Sobre todo guardáos no os vea la vulpeja, que dirá luego aquello de hermosa facha, sin cerebro.

Muy atentos los venecianos pidieron los carrillos. Riéronse los demás: pero el valor.

—No lo entendéis,—les dijo.—Dejad; que ellos comerán con ambos, y con todos.

Mandó la lengua á los sicilianos: y habiendo duda entre ellos y los napolitanos, declaró que á las dos sicilias. A los irlandeses el hígado. El talle á los alemanes.

—Seréis hombres de gentil cuerpo; pero mirad que no lo estiméis más que el alma.

—La mielsa á los polacos; el liviano á los moscovitas; todo el vientre á los flamencos y holan-

deses, con tal que no fuere su Dios; el pecho á los suecos; las piernas á los turcos, que con todos pretenden hacerlas; y donde una vez meten el pie, nunca más lo levantan; las entrañas á los persas, gente de buenas entrañas; á los africanos los huesos, que tengan que roer como quien son; las espaldas á los chinos; el corazón á los japoneses, que son los españoles del Asia; y el espinazo á los negros.

Llegaron los últimos los españoles, que habían estado ocupados en sacar huéspedes de su casa, que vinieron de allende á echarlos de ella.

—¿Qué nos dejáis á nosotros? —le dijeron. Y él:

—Tarde llegáis. Ya está todo repartido.

—Pues á nosotros,—replicaron,—que somos tus primogénitos, ¿qué menos que un mayorazgo nos has de dejar?

—No sé ya que daros. Si tuviera dos corazones, vuestro sería el primero. Pero mirad: lo que podéis hacer es, que pues todas las naciones os han inquietado, revolveos contra ellas: y lo que Roma hizo antes, haced vosotros después. Dad contra todas: repelad cuanto pudiéreis en fe de mi permisión.

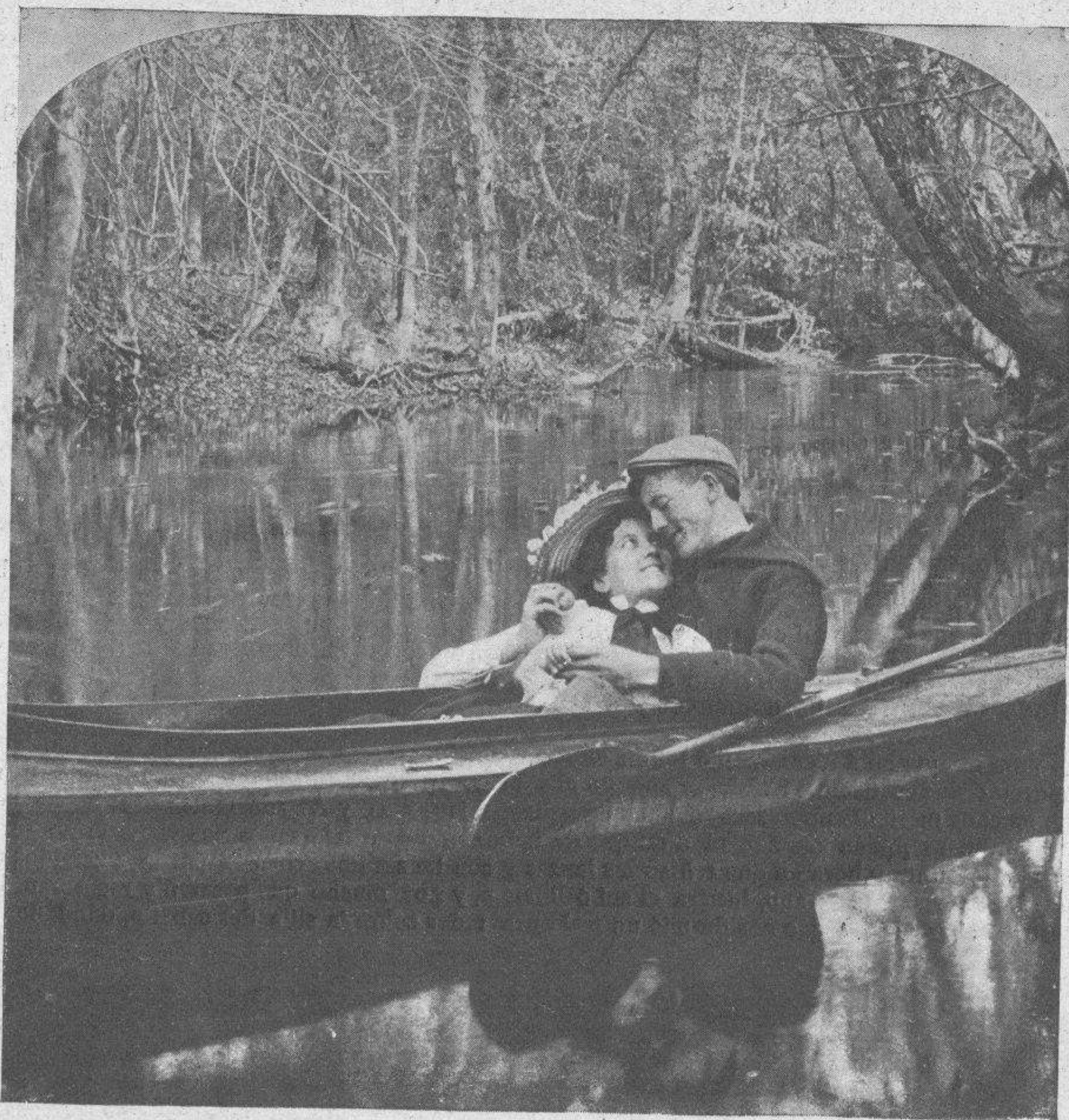
No lo dijo á sordos. Se han dado tan buena maña, que apenas hay nación en el mundo, á que no hayan dado su pellizco; y á pocos repelones se hubieran alzado con el valor de pies á cabeza.

BALTASAR GRACIÁN.

Tengo para mí que no á medias, sinó totalmente con mucho arte y con la resolución que importa á negocio de tal importancia, nos hemos alzado, y aun no nos hemos persuadido de que cuanto más suba uno de más arriba cae; muchos fueron los pellizcos conque remediamos la pereza, y de consiguiente el haber llegado tarde á la repartición, pero ¿quién me negará á mí que de haber sido tan esforzados nos viene el no ser poderosos? Heredamos en el punto y hora en que reñían las lanzas y con lanzas nos echamos por esos caminos á correr las aventuras, sin soltarlas de la mano, luciera el sol ó lloviese, y por mucho que pasaran y repasaran las estrellas sobre nuestras cabezas. Creo que nos durmió un mal encantador sobre la silla del caballo, dándonos sahumo de



Reposo.



Amor infinito.

gloria y beleño de tradiciones, y entretanto, los que andaban despiertos y no nada ociosos prepararon sus máquinas infernales en armonía con los adelantos de la época, componiéndoselas de modo que, cuando vinimos á despertar, las lanzas no eran lanzas, sinó cañas; y ocurrió entonces que en vez de rendir al enemigo, con cañas jugamos y bonitos nos pusimos de cortes y heridas los dedos. Con esta desventura se nos fué hasta la ocasión de seguir sustentando la herencia y el contrario pudo fácilmente devolvernos por torna hasta los pellizcos que habíamos repartido en tiempos felices, y alzarse sin tanto riesgo con todo aquello conque nosotros nos alzamos según la historia y la fábula de Gracián. Si la belicosa Francia sintió, conforme al testimonio de Cárdenas el morisco, los truenos de las lombardas en lo más precioso, nosotros en lo más precioso también hemos sentido la más horrisona de las tempestades, desatada por los *inexpertos* y pacíficos (y no hombres de guerra) yankees: gracias á que nos empeñamos en que lombardas habían de ser, y en que las mismas lombardas que hirieron á los franceses bastarían ahora para herir á los norteamericanos. ¡Ni tampoco culebrinas!

Todo el mal estriba en haber confiado tanto en el valor, que de puro reputarlo por nuestro, y exclusivamente nuestro, lo convertimos en legendario. La historia y los historiadores nos han hecho ese y otros entuertos, incluso el de atestiguar con luminosísimas pruebas que Santiago venía por los aires, jinete en su caballo, á pelear junto á los españoles y á matar moros. Y en efecto, creo á pies juntillas que los moros que mató el buen apóstol fueron tantos, que no se pueden contar. El VALOR hizo mal en morir, pues de no haber ocurrido esa desgracia, claro está que nosotros no le hubiésemos heredado: y así no siendo tan valientes seríamos más doctos y puede que hasta invencibles. El VALOR nos dejó de sí lo peor que pudo dejarnos, pues nos dió el valor sin prudencia; y sin prudencia el valor no es tal, sinó que es... caballería andante de la que recibe todos los palos y pedradas que se pierden.

Lo peor del caso consiste en que de nada nos ha servido la cantata, y que así como otros se apearon de su burro, á nosotros no hay quien nos haga echar la estúpida herencia por el balcón. Preferimos ser valientes.

Bueno, no me opongo; porque al fin y al cabo de nada sirve tampoco ser cobardes. Seamos valientes, como lo es todo el mundo, no encaramándose para combatir á los castillos de las grandezas históricas, y dejando en paz á los muertos con sus heroicidades. Salga ahora nuestro valor de nuestro valer, como hijo de las propias virtudes, y no sea espejo de lo pasado, sinó prenda para lo porvenir.

Por las notas,

J. F. Luján

En confianza

Pero escúchame á mí, que soy tu madre, ¡so pedazo de atún! porque te veo doble, como el que dice, si me pongo contigo en el estao que hace ya tiempo que no uso ¡ni pa Dios!. Y como sigas removiéndome el cólera, te meto cuatro ú cinco patás en la espinilla así, con toa mi fuerza. Tié salero, que en cuanto te haga un cargo te me pongas encabritá lo mismo que un carnero mocho y en aztituz como de gresca pá conmigo. Si no fuera por eso de que estás delicá de los riñones, según me dijo antisdeayer el médico, ¡miálas aquí! por estas, que te hacía bailar los machotines ú el bolero en castigo, ¿lo sabes?... Qué ¿te ríes?

—No es risa mayormente la que tengo de dientes para fuera.

—¿Qué es, duquesa?

—Pus no es, á mi entender, ni más ni menos que cierta repugnancia, que me chincha desde los mismos pies hasta los pelos

del cogote, y que puede remediarse dándole á ustez así con estos dedos tan hermosos de chanfla, en esa cara que usa ustez á manera de plumero untado de merengue, pero sucia.

—¿Qué acabas de decir?

—Pus lo que quiero.

Madre, ustez se figura que en el mundo este (de lo que sea) no hay más genio fuerte, ni más poder ni más canillas que las tuyas, y yo como ya tengo, de tratar á su lao, cierto resabio, á más de haber bebido de su pecho rejalgá ú arístín, ú lo que entonces tuviera usté á bien darme: pues me juego la laringe á que estoy, sin darme pisto, á la altura que ustez.

—¡Pero puñetol con la muy... ¡so!...

—De los adelantados es cuasi siempre el reino de los cielos.

LUIS E. LOPEZ DE HARO



Curiosidad.



UNA CONSTELACIÓN

La patrona

El que no ha conocido á doña Paquita Paredes, célebre patrona del barrio de Puerta Cerrada, no sabe lo que es canela, ni merece que le llamen persona de gusto.

Era la tal patrona, algo así como una segunda madre para sus huéspedes. En cuanto cualquiera de ellos se sentía enfermo, aquella mujer no comía ni sosegaba; ibasele la mayor parte del tiempo dando conversación al paciente, con objeto de distraerle.

—¿Se encuentra usted mejor, don Abundio? ¿Quiere que le dé unas friegas en el estómago?

—No, muchas gracias; ya se me quitará, si quiere.

—¡Ay! comprendo lo mucho que sufrirá usted, pues mi pobrecito marido, que su gloria tenga, padecía horriblemente del estómago, hasta el punto que cuando le daban los dolores, se ponía como loco y cuatro hombres eran pocos para sujetarlo.

—¡Pues sabe usted, doña Paquita, que los dolores serían de *órdago*!

—¡Tremendos! ¡Y si viera usted qué buenos dientes tenía!

—¿Comía mucho, eh?

—Casi nada. Pero no lo digo por eso, sinó porque un día que llamamos al portero para que nos ayudara á sujetarlo, le dió tal mordisco en la nariz, que por poco no se la quita de la cara.

—¡Zambomba!— saltó don Abundio — ¿Y qué hizo el portero?

—¿Qué quiere usted que hiciera? Armarnos el primer escándalo, diciendo que iba á dar parte. Así es que, después, en cuanto oía los gritos que daba mi esposo, salía escapado de la portería como alma que lleva el diablo, refugiándose en casa de un pariente suyo, que es de la policía secreta.

—Lo creo, pues la cosa no era para menos.

—¡Pobre Jacinto! Si él viviera otro gallo nos cantara, pues con las manos que tenía ganaba *la mar*.

—¿Hacia juegos malabares?

—No, señor, mi marido no sabía jugar á nada, ni aun á la *brisca*.

Y añadió con orgullo:

—Erapintor. Puede que usted le haya oído nombrar.

—Es probable. ¿Cómo se llamaba?

—¡Jacinto Pliegos!

—¡Pliegos!... ¡Yo lo creo que le he conocido! Es decir á él nó, pero sí á sus parientes. ¿No era su marido de usted de la familia de los pliegos de barba?



Cualquiera se viste con el calor que hace.

—No, señor, mi Jacinto es de la familia de los Pliegos de Brunete, pueblo cercano á Madrid.

—¡Ah!—exclamó el enfermo, no pudiendo contener la risa ante la candidez de la patrona.

Escenas como la descrita, tenían lugar todos los días y en particular á las horas de comer, que era cuando los huéspedes se divertían en grande, *tomando el pelo* á las niñas de doña Paquita, las cuales parecían, por lo pequeñas y rechonchas, una colección de puntos suspensivos.

Todo lo sufría con paciencia la viuda de Pliegos; pero un día se armó tal escándalo en la mesa, por hallarse entre los garbanzos un animalito de la familia de los *blacianos*, que á mamá é hijas se les fué la lengua y pusieron á los huéspedes como chupa de dómíne, diciéndoles la mar de lindezas y palabras mal sonantes.

A la mañana siguiente, cuando algún vecino preguntaba á doña Paquita la causa de aquel alboroto, contestaba muy furiosa:

—Por nada, porque esos *arrastráos* se han llegado á figurar, que por seis reales que me pagan, tengo yo la obligación de poner en la cocina á uno del *resguardo*, para que no deje entrar matute en el puchero.

Créanlo ustedes, es una lástima que haya muerto aquella patrona, pues era la única casa á propósito para los tiempos que corremos, en que, entre desgracias, economías y regeneraciones, se van poniendo las cosas tan mal, que es conveniente acostumbrar el estómago á comer de todo.

ENRIQUE ASENSI



Ensayando el baile.

Requisitos

Para que brillen multitud de estrellas,
azuladas y bellas,
es necesario ver el cielo obscuro
sin una mancha que la vista engañe,
ni una nube que empañe
el manto de la noche dulce y puro.

No encontrarás el oro en esta vida
si con mano atrevida
no horadas con tesón altas montañas,
pues el oro, infamante ó generoso,
un genio codicioso
lo ocultó de la tierra en las entrañas.

Para hallar en la playa ricas perlas,
que al momento de verlas
las codician con furia las hermosas,
tiene la tempestad que arrebatargas
al fondo, y entregarlas
á las olas rugientes y espumosas.

El hombre es como tierra, mar y cielo
no en él busques consuelo
porque te haya tendido amiga mano;
tarda mucho en fiar en sus bondades:
sólo en las tempestades
ver podrás si es hermoso el sér humano.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



Fruto en sazón.

Otro recuerdo

Estamos en pleno Julio; y si alguien al leer este principio exclama:—¡noticia fresca!,—cometerá la mayor de las inexactitudes, porque la noticia es más caliente que... Más vale que no prosiga por tal camino.

El caso es que lo de pleno y lo de Julio han evocado en mi mente otra remembranza de los antiguos tiempos, de aquellos en que yo me encontraba en la primavera de la vida, y de consiguiente nada tan natural como que hiciese el primavera.

Y la verdad es que lo hice; pero hasta cierto punto, como comprendía al inquilino, el casero que figura en una popular poesía de Eusebio Blasco.

Ustedes juzgarán.

Ella se llamaba Julia. La vi por vez primera, no cruzando la enramada, sino sentada poéticamente en una de las sillas de Vitoria que adornaban la cocina del hogar paterno de mi padre, como dicen todos los que no saben lo que se dicen, porque el hogar paterno de mi padre sería el hogar de mi abuelo; y no me refiero á éste sino al otro.

Julia era hermana de la cocinera, á quien había ido á visitar; y como yo siempre he sido aficionado á oler donde guisan, si las que guisan son guapas, fui á la cocina para dar con Teresa y tropecé con Julia.

La superioridad de ésta sobre aquella era indiscutible: más hermosa, más joven, mejor vestida

y sin oler á conejo en pepitoria, ni á vaca en estofado, ni á ninguna otra creación culinaria.

Como de sabios es mudar de consejo y yo desde chiquitín fui un verdadero sabio, desde el día de marras consagré á Julia todos los ósculos y los abrazos que tenía destinados para nuestra habitual confeccionadora de guisos.

Cuando apenas había abrazado y osculeado unas quinientas veces á Julia, la declaré mi atrevido pensamiento, y ella, naturalmente, se sorprendió; pero le di el abrazo número quinientos uno y quedamos entendidos. A los ocho días de haber entrado nuestras relaciones en la nueva fase, logré convencerla de que una madre para cuatro hijas era la menor cantidad de mamá posible, sobre todo cuando la tal autora de sus días no se cuidaba de averiguar lo que sus hijas hacían por las noches, siempre que ella pudiera darse buena vida sin trabajar.

Y nos formamos un amoroso nido en un piso tercero (con honores de quinto) de la aristocrática calle del Olivo.

¡Qué existencia más deliciosa llevábamos allí!

—¿Qué quieres hacer hoy, Julia mía?— la preguntaba diariamente.

—¿Yo? Nada,— me respondía con la mayor inocencia.

—¿Dónde comeremos?— seguía interrogando yo para concretar la cuestión.

—En Praga.

—¿Y luego?



El primer beso.

La Saeta

—Luego podemos ir al Circo.

—¿Y después?

—¡Vaya una pregunta!

Quedábamos entendidos y yo salía á ganar honradamente... en el monte, la lotería ó la ruleta, el dinero necesario para que el programa trazado se cumpliera sin introducir en él variación alguna que no resultara beneficiosa para ambos.

Es seguro que si algún padre de familia tiene la mala ocurrencia de pedir á las cartas ó á la caprichosa bolita el pan de sus hijos, de cada cien veces fracasa noventa y nueve y media. Yo que sólo trataba de satisfacer los caprichos de Julia, triunfaba siempre.

La casa de juego me proporcionaba los medios

de ir á almorzar á Praga y á comer al Inglés, y de asistir á los teatros y á los bailes, y de pagar la casa y la modista, etc., etc., etc.

Es de advertir que yo, hijo de familia, seguía viviendo oficialmente en casa de mi padre, donde paraba el menos tiempo posible. Julia absorbía-me casi todo el día, incluso las horas que debía destinar á asistir á las clases de la Universidad.

Aquella chica me tenía enloquecido; y como, según he dicho, mi loca suerte en el juego me permitía satisfacer cuantos caprichos le pasaban por la imaginación, todo iba como una seda.

Por desgracia Julia era cada vez más caprichosa, y al fin tuvo un antojo que puso término á nuestro idilio. Se le antojó.. que yo debía casarme con ella.



Demerode.

Fot. Nadur.

No soy descontentadizo; pero eso de contraer matrimonio con una hermana de mi cocinera, de la cual hacía yo el amante número treinta y siete de la cuarta ó quinta serie, no me acababa de satisfacer.

Un día fuí á la ruleta como de costumbre; después de haber ganado varias pequeñas posturas, acerté un pleno de cinco pesetas, por el que me pagaron treinta y seis duros como treinta y seis soles.

Por la noche, Julia se mostró más exigente que de ordinario; me habló de que la sacase depositada para comprometerme y vencer la resistencia de mi padre, no comprendiendo que la que había de vencerse era la del hijo, y tanto insistió, que le respondí formalmente:

—Está bien: mañana arreglaremos eso.

Y en efecto, al otro día dije á mi padre que un pariente nuestro, cuya carta había perdido, me había mandado dinero para que le hiciese una visita en Barcelona; le enseñé los treinta y seis duros del pleno, tomé el tren y vine á la ciudad condal, donde permanecí más de dos años.

Cuando regresé á la Corte me encontré á Julia establecida. Se había casado con un comerciante que, según ella me confesó entonces... entraba ya, durante mis ausencias, en aquel nido de amor de la calle del Olivo.

—¿Conque estuve haciendo el primavera?— le dije.

—Anda, que más lo ha hecho él, — me respondió con su candor habitual.

Y hube de reconocer que tenía razón.

BLAS QUITO



Demerode.

Fot. Nadar.



Después del baño.



Con la máquina á cuestas.

¡Anda salero!

Aunque el hecho nada importe,
quiero dejar consignado
un suceso, consumado
á dos pasos de la Corte.

De no haber leído mal
la noticia, dice á secas:
«En el pueblo de Vallecas,
han robado el hospital.»

Al principio calculé
que el robo consistiría
en alguna chuchería;
pero después me enteré

de que robaron de modo,
tan raro y original,
que han robado el hospital
con el edificio y todo.

Mil hazañas conocí
de rateros atrevidos,
mil casos que conocidos
con gran trabajo creí.

Como esta hazaña, ninguna
sé que pudiera anotarse,
¡quién tanto puede llevarse
ha nacido con fortuna!

La cosa da que pensar,
y á mí me saca de tino,
siguiendo por tal camino
¿dónde iremos á parar?

Por medios tan especiales
van á quitárnoslo todo,
y los *cacos* de ese modo
parecerán concejales.

★
★

Ha sido detenida una señora
vendedora de huevos,
por llevar la preciosa mercancía
podrida, caballeros.

¡A cuántas serias reflexiones duras
se presta este suceso,
aun cuando en sí no tenga nada raro
que pueda sorprendernos!

Es bien triste vivir en este mundo.
¡Con cuánto sentimiento
observamos el cambio de las cosas
conforme pasa el tiempo!

¿De qué puede fiarse hoy el que compra,
ni qué esperar podremos
si en la plaza no venden más que inmudos,
y mal olientes huevos?

ARMANDO BRONCAS



Baile de fantasía.



MISCELANEA



Luis XIV consultó un día á Boileau sobre algunos versos de su cosecha.—Sire, le dijo el satírico poeta, nada hay imposible para V. M.; ha querido V. M. componer versos malos y lo ha logrado.

Al ejecutar la suerte de matar, la fiera brava arrancóse con fiereza, y le dió tan cruel cornada en mitad del corazón, que su muerte fué instantánea.
—¡Qué horror! ¿Y á eso llaman suerte?
¡Pues si llega á ser desgracia!

A. SÁNCHEZ CARRERE

UN ANUNCIO SALADÍSIMO. — En un albarán ó tablilla fijada en la puerta de una casa se leía lo siguiente: «Se alquila el cuarto tercero en seis duros mensuales. Ultimo precio cuatro duros.»

Un niño había roto, sin mala intención, un cristal de una vidriera de la escuela. Nadie lo había notado aún, pero el muchacho estaba confuso y avergonzado temblando cada vez que le dirigían la palabra, creyendo siempre que le iban á hacer cargos por la ruptura del cristal.—En esto fué á visitar la escuela la comisión de instrucción primaria del pueblo, y el Cura párroco, como vocal de ella, hizo algunas preguntas de doctrina cristiana á los alumnos.—¿Quién hizo el cielo y la tierra? preguntó á nuestro niño; y éste con la idea fija en el cristal roto, respondió:

—No he sido yo, Señor Cura.
—¡Cómo! ¿qué estás diciendo? ¡no has sido tú!!!
—¡Ay! sí, sí, sí, señor; he sido yo, pero no lo volveré á hacer más.

No lejos de una ciudad de la Silesia había una ermita ó capilla dedicada á Nuestra Señora, á la cual la devoción de los vecinos llevaba de continuo ofrendas, ex-votos, alhajas, etc. Muchas de estas últimas, que eran de oro, plata y piedras preciosas desaparecieron, y las sospechas de la substracción recayeron sobre un soldado de la guarnición que visitaba la capilla con mucha frecuencia. Se le registró y se le encontraron, en efecto, dos corazoncitos de plata y una sortija. Le metieron en un calabozo y se le formó sumaria. No podía negar el hecho, pero sostuvo siempre que él no había robado aquellos objetos, sino que la Virgen, que conocía sus necesidades y pobreza, se los había regalado. Semejante sistema de defensa no convenció á los vocales del Consejo de guerra y le condenaron á la pena de muerte. Llevóse la sentencia al rey para que la aprobase, según costumbre, pero antes de poner su firma quiso Federico convocar algunos preladados y doctores en teología para que declarasen si era posible que la Virgen hubiese hecho tal regalo al soldado.—Muy raro y singular es el caso, contestaron los teólogos; pero como el poder y la misericordia de Dios son infinitos, no tenemos por imposible que los manifieste alguna vez de este modo en favor de sus escogidos: oída esta decisión el rey escribió al pie de la sentencia:

«Venimos en librar de la pena de muerte al acusado que ha negado constantemente el hurto, respecto á que los doctores de la religión no han juzgado imposible el favor de que se vanagloria; pero le prohibimos bajo pena de la vida, el que en adelante admita regalo alguno de María Santísima, ni de ningún santo, sea el que fuere.»

CHARADA

Vaya, qué charadita, lector querido; busca, busca mi *todo* en el principio.

Mas ten cachaza, y si quieres hallarlo ves á la plaza.

Con mi *segunda y prima* tendrás cuidado, que con ellas respondes si te han llamado.

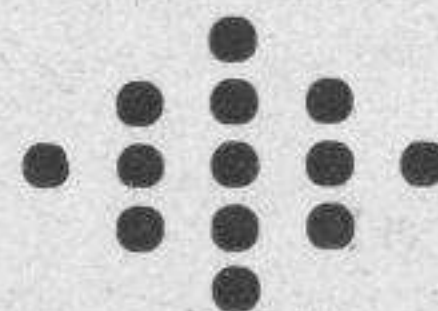
Es, pues, tan clara, que sólo en cuatro letras está cifrada.

Por último si aun dudas con lo explicado, al hacer burla de uno tú lo has usado.

¿Lo has entendido? Si nó, vuelve al principio, que allí lo digo.

K. MARÁ.

ROMBO



Substituir los puntos por letras que, leído horizontal y verticalmente, expresen: 1.º, Vocal; 2.º, Letra; 3.º, Nombre de mujer; 4.º, Letra y 5.º, Vocal.

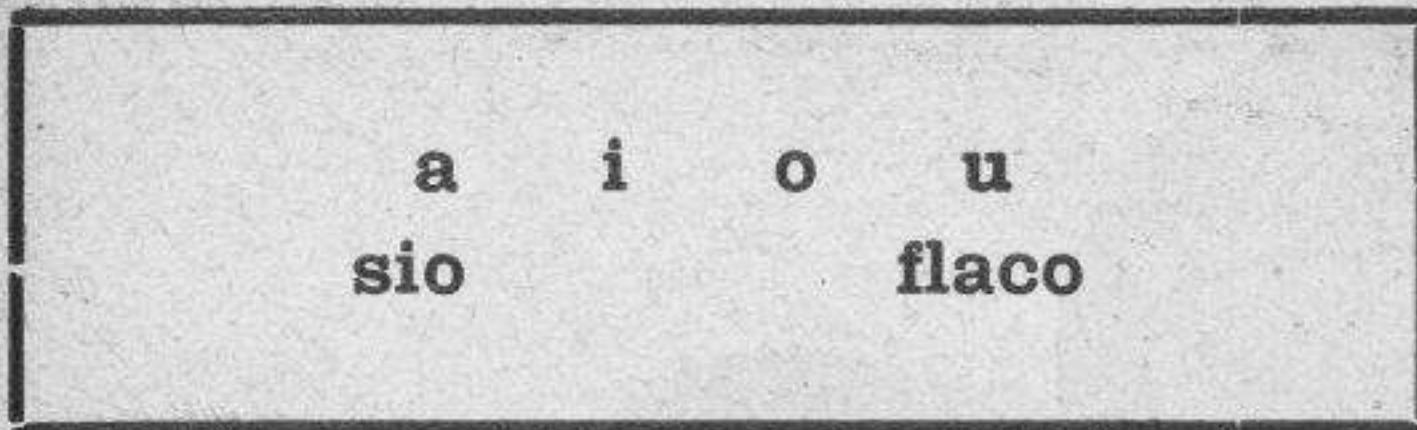
A. ARROYO MANJÓN

MARCHA

				*** (1) LA
*** i- ***	*** -til ***	*** -nu- ***	*** -do; ***	*** -e- ***
flor	*** la ***	des	*** su ***	-a
*** el ***	*** -ja ***	*** ho- ***	*** mun- ***	*** -ár- ***
*** -em - ***	DE	lle-	*** -na ***	que
*** -po ***	TORRE			*** bol ***
e-	*** -nos ***	*** -ter- ***	por	es
*** y ***	son	*** -us ***	*** -A ***	*** -si ***
ti-	*** ve- ***	pro-	*** La ***	po-
*** -srs ***	*** -cho ***	*** -E ***	*** -SI- ***	*** PO- ***
fru-	*** (44) -tos ***	P. LUQUIN		

Empieza en la casilla (1). Termina en la (44).

Jeroglífico comprimido



LINCO

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

- CHARADA. — Manicaragua.
 LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Dolores.
 JEROGLÍFICO. — De arriba abajo.
 TARJETA. — LA SAETA.

Correspondencia

V. Y. P.—No, señor, nó; está usted equivocado: yo no soy burlón de *suyo*, ni de *mío*, ni del demonio; pero vamos, le entrego á usted un centenar de cartas (término medio, entre número y número) las lee usted de cabo á rabo, y si no toma precauciones, antes del mes tienen que avisar al doctor Ezquerdo los individuos de su familia. Supongamos, para hacer la prueba, que la primera que abre, es la de usted, la *suya propia*, y que se entera de esto:

«De repente, anochece, y al anochecer nos vimos encontrados en densas y espantosas tinieblas; el sol flotaba en la atmósfera en incendio de nubes claras que oían palpar el trueno en los cóncavos atmosféricos y el viento que soplaba furioso apagando los reverberos hacía más terrorífica y poética la calma...»

¿Qué tal? ¿No se ha reído usted todavía? Pues cuente usted á ese tenor los disparates, y tómelos en serio, ¡y á ver si no sale con las manos en la cabeza! A mí no me producen la menor molestia; por lo contrario, me divierten. Y es porque los saboreo entre sorbo y sorbo de café, tumbado en un diván ó en una mecedora. ¡Y si viera qué gracia me hacen algunos de los que, como usted, sientan plaza de escritores sin haber aprendido casi á deletrear!

N. P. O.—Sí, usted ha acertado, y siguiendo así va... «por donde han ido, los pocos sabios que en el mundo han sido».

Reget.—Bien, hombre, lo publicaré.

A. T. M.—Otro que tal baila.

«Yo no sé lo que es amor,
 yo no sé lo que es canela,
 aunque me lo dijo Leonor
 cuando íbamos á la escuela.»

¡Claro, la oiría usted chupándose el dedo!

D. V. E.—Un párrafo elocuente: «Fué y me dijo eres un pillín, y me dijo: cuando te veo siento que me hacen cosquillas en la sangre, y toda yo me atormento, mirándote á la cara, y me dijo: ¿cuándo nos casamos?»

¿Y usted qué le contestó?

Antolín.—¿Por qué escribe usted dos cuartetos, que no tienen falta ni coma que poner, y dos tercetos, que el mismo diablo se volvería bizco para meter en el mundo tantos enredos como allí se leen? Pues muy sencillo; porque ha cogido usted un soneto de Campoamor y lo ha partido por la mitad; después, arrepentido de su hazaña y de verlo tan mal parado, pilla usted los dos cuartetos en cuestión y les pone una cola; y así hecho el adobo, me lo manda para que yo vea si está bien puesto el remiendo. ¡Si los que echa usted á los zapatos, porque supongo que es usted maestro remendón y no otra cosa, están así le garantizo que no medrará en parroquia!

A. S. C.—Ese señor sigue, en efecto, donde usted pregunta. Sálvelas usted en mi nombre. Muy bien lo que remite y lo aprovecharé; gracias y mande.

F. P.—De los cantares, alguno que otro. Los delirios son incorrectos; me parece que puede usted versificar mejor. Afean mucho, por ejemplo, y quitan fuerza y gallardía á la primera estrofa, las asonancias de los consonantes *labios* y *agravios* con *rosados* y *amados*.

Melón.—Pero hombre, ¿qué será que no pueden ustedes menos de descubrir su afición á las hortalizas, hasta en los pseudónimos que usan?

R. O. D.—No tengo inconveniente, si me paga usted el viaje de ida y vuelta.

Alfonsetti.—¡Horror!

Brama la tempestad, el trueno ruge,
 fulgura el rayo, el globo se desquicia;
 un cataclismo universal se inicia;

¡Caracoles! si *ya* tiene usted el globo desquiciado, ¿de qué modo se las arregla para ver como se inicia el cataclismo del universo?

Ya el turbulento mar bravío muge.

¿Qué mar? ¡Ah, vamos: es que ha ido usted á escribir el soneto sobre Martel

Comprimido volcán, potente cruge,
ya la lava candente está propicia...

¡Ya!... Calcule usted si continúo copiando versos lo que ocurre á las formas en la máquina: crugen, braman, se desquician, y como

nada resiste su potente empuje,

el del soneto destructor, asolador, comprimido, bravío, fulgurante,

conmuévense los ejes de granito

y nos quedamos s.n número. Eso si no hay otro *cataclismo universal del globo desquiciado* dentro de la imprenta.

No obstante, amigo Alfonsetti, me gustan las tres últimas puntas de París, si, efectivamente, las ha escrito usted con su propia mano y de su propio númen.

El cantor de rota lira.—Tampoco me complace la de hoy. Compóngala y témpela, que suena mal, es decir, suena á gaita.

J. N. de la R.—Ni una ni otra. Usted ha equivocado la índole y el carácter de esta revista, y es lástima, porque no lo hace del todo mal.

F. C.—Sólo me convence la última. Procure usted buscar pensamientos más elevados, cultos, y que al mismo tiempo tengan gracia y donaire, y verá como escribe mejor.

Y continúa el sobrante de cartas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



La Saeta



20 cents.

Núm. 452

